

EXCURSIONES ESTIVALES

POR AGUSTIN EGURROLA

Frescas aún las impresiones de nuestra reciente visita al Pirineo en la zona de Candanchú, la vuelta que se relata nos causaba la misma sensación de pequeñez, de paseo, que experimentarán los «baserritarras» cuando recorren los linderos de sus huertas, inspeccionando la cosecha, las tardes de los domingos. A pesar de eso, también hay aquí cosas que ver, bellezas que admirar, matices que descubrir... Y la Naturaleza, el campo abierto, es siempre «novedad» dentro de su —para nuestra corta perspectiva humana— «eterna» quietud.

Escogemos la villa de Marquina para punto de partida. Iniciamos la marcha bajo un cielo brillante y un Sol de justicia. Tanto los hombres como el mismo campo parecen dormidos en esta hora de la siesta.

Subimos hacia el alto de Lecoix por la empinada carretera, convertida en un horno al rebotar el calor en el asfalto y en la ladera de piedra caliza que presenta el monte por todo este lado, orientado al Sur.

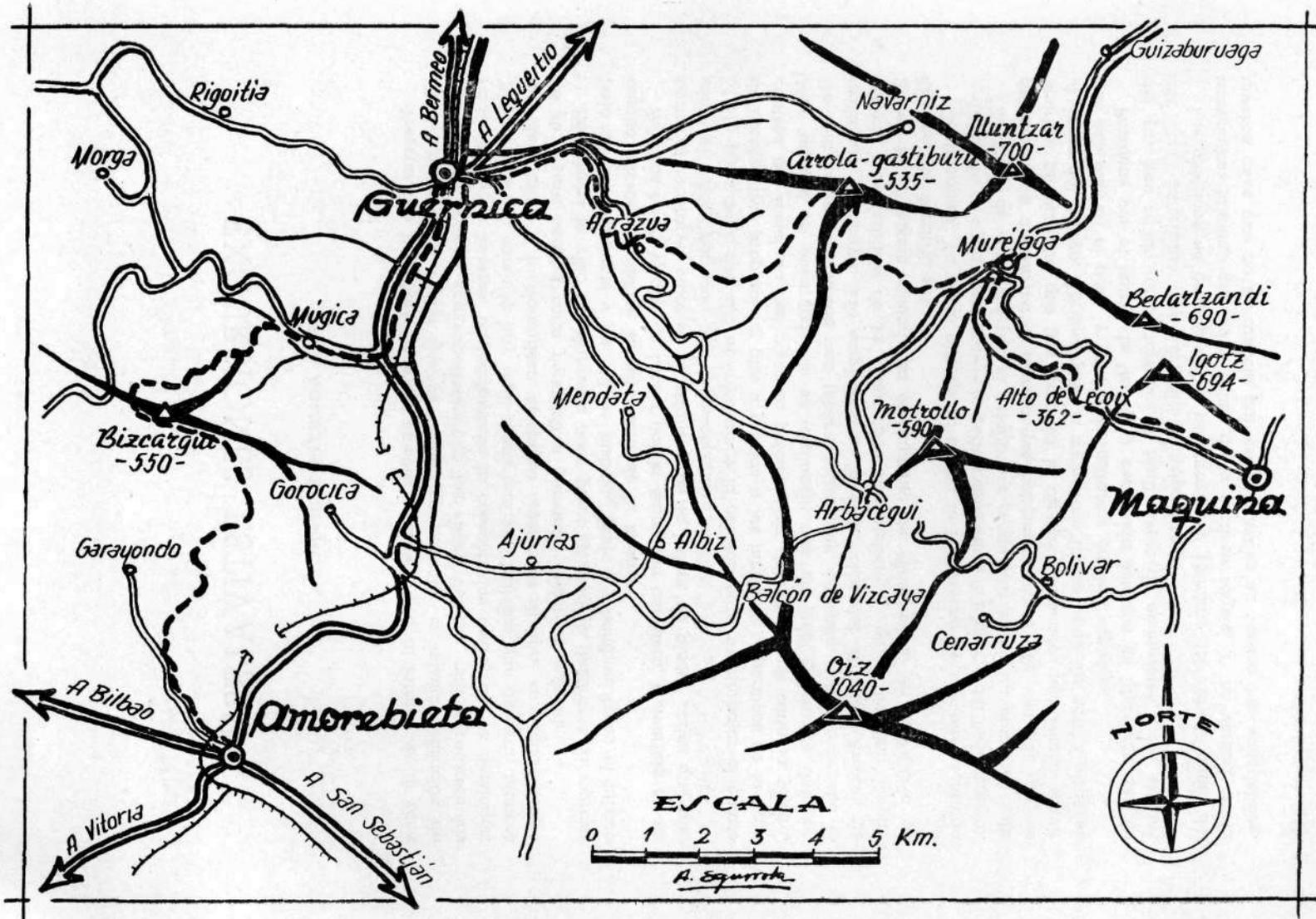
Un poco antes del alto aprovechamos la ocasión para ver trabajar el cuarto de bombas que proporciona aire a presión a los martillos neumáticos de la gran cantera allí instalada, así como la polea motriz del cable que corta la piedra. Muy amable, el encargado de su vigilancia nos da todo género de detalles. De esta cantera se extrae una piedra caliza muy estimada, como lo prueba el hecho de que haya sido empleada en la edificación del Waldorf Astoria, de Nueva Yory, edificio de la «Fundación Rockefeller», y en el Building Empire State, de la misma ciudad; en el Capitolio de Washington, en el Palacio de Oriente, de Madrid, etc.

Continuamos. Ya en lo alto de la cuesta, a la derecha se nos ofrece, bravía —dentro de su corta «estatura»— la pétreo contextura del Igotz y del Bedartzaundi.

En lugar de continuar por el asfalto nos aventuramos por un pinar. Al salir del mismo se nos acaba el camino que habíamos tomado. En vista de que no aparece ningún otro que nos lleve en la dirección deseada, resolvemos seguir el cauce del arroyo. Abrimos paso a cachavazo limpio entre las zarzas vírgenes que nos cierran el paso, y pronto encontramos camino expedito.

Pasamos por el barrio de Urriola y enseguida estamos en Murélagu, pueblo del que han salido tantos forzudos, y fértil vivero de emigrantes a los estados del Oeste americano y a Australia, principalmente.

Los aldeanos se ocupan en la preparación y siembra del nabo. Común denominador: lamento general a causa de la pertinaz sequía. Y, en verdad, hacía muchos años que no se conocía por estas latitudes un verano tan «alicantino».



De nuevo empieza la cuesta. Pasamos por el caserío Ibarrola y por el de Garachaga, cuyo perro da a entender que le apetecen nuestras pantorrillas. Seguimos ascendiendo por entre pinares. Un poco antes del caserío Arrola nos encontramos con el «nagusi» del mentado caserío: un hombretón de unos sesenta años. De gran estatura y corpulencia, y con una voz de bajo profundo en consonancia con su físico. Con el cabello y la barba un poco más crecidos serviría estupendamente para representar a un pastor o patriarca bíblico. Según tenemos entendido, en sus tiempos fue el mejor bersolari de la comarca.

Unos pasos más y hétenos ya en la cumbre del Arrola-Gastiburu. Entre las piedras que hacen de buzón hallamos una tarjeta depositada cuatro meses antes, lo que prueba que esta parte es poco visitada.

Enfrente tenemos a la anteiglesia de Navárniz, recostada sobre las estribaciones del rocoso Illunzar. Y en todo nuestro alrededor el pino «Insignis» es amo y señor. Los claros del monte corresponden a sectores poco talados, o destinados a nuevas plantaciones de la misma especie. Los pocos robles, hayas, avellanos..., que han escapado del hacha son los que marcan los linderos de las propiedades, casi exclusivamente.

Iniciamos el descenso hacia Arrazua. Preguntamos a un hombre que está labrando en la heredad, el camino a seguir. Nos facilita amplia información y nosotros, dándole las gracias, proseguimos sin más. Al instante nos percatamos de que aquel hombre deseaba charlar un rato —su postura, apoyadas ambas manos sobre la azada y mirándonos, no deja lugar a dudas—; pero ya habíamos arrancado y no parece oportuno volver.

Verdaderamente, nosotros subimos a los montes para conocerlos, recrear el espíritu con la contemplación, hacer ejercicio... Ellos, en cambio, cada uno en su lugar, los conocen desde que nacieron, se cansan ¡y cómo! trabajando con aspereza en sus laderas... y, lógicamente, les gusta «lo de abajo»: las noticias, las ferias, las partidas de mus, los espectáculos...

En Arrazua, el bonito frontón está desierto. Viéndolo nos entran unas ganas locas de jugar; pero no encontramos pelota y proseguimos la marcha, ahora por carretera, hacia Guernica. En el camino nos cruzamos con los primeros carros y camionetas que vuelven de la feria, de aquella Villa.

Llegamos al crepúsculo. Nuestra primera diligencia es buscar cobijo para la noche. Lo encontramos en el caserío Ormaeche. Contra los buenos deseos de la «etxeoandre» que nos recomienda, por más calentito, el pajar; nos quedamos en un rincón de la tejavana.

Seguidamente se prepara la cena junto a una fuente próxima, que nos viene «de perlas». De hornillo hacen unas piedras y la sierra de Sendagorta nos provee del necesario combustible.

Sopla por aquí, sujeta por allá, al fin la cena está lista. Tiznadas las caras y enrojecidos los ojos, pero alegres, damos cuenta de lo condimentado, alumbra-
brados (ya es noche cerrada) por las temblorosas llamas de nuestra «cocina».

Luego damos una vuelta por la Villa, que está en fiestas.

Durante la noche nos visitan los michinos de la vecindad, atraídos sin duda por el olorillo de nuestras mochilas, en las que empiezan a hurgar. Un bastonazo con tino y ¡fuera todos!

A la mañana siguiente abandonamos la Villa Foral cuando las bandas de música atruenan el aire con sus alegres pasacalles y el Ayuntamiento en corporación, bajo mazas, se dirige al templo parroquial.

Tomamos la carretera para Múgica. Luce un solazo espléndido y continuamente nos cruzan los más diversos vehículos que, atestados de gente y cachivaches veraniegos, se dirigen raudos hacia la costa...

Poco antes de Múgica, en una huerta nos aseguramos la ensalada de tomate. La verdad, no abusamos.

En el citado pueblo tomamos el camino que asciende por el caserío Bukulu. Más arriba pasamos junto al de Pulegoikoa, ahora desabitado. Seguidamente bordeamos hacia el Oeste para atacar el último repecho a la cima.

Aquí se nos ofrecen a la vista casi todas las cumbres de Vizcaya y es este un magnífico balcón sobre el «Txorierri» y el valle de Asúa. Al fondo, sobre el Sollube, la antena de Televisión nos muestra su enhiesta silueta.

Desde un caserío nos llegan, nítidas, las notas de una alegre «biribilketa». Debe ser la radio.

Descendiendo hacia Amorebieta, en una espaciosa explanada donde, además, corre un límpido arroyuelo, hacemos alto para el yantar. Vuelta a las piedras, ramas, mucho soplar, y, ¡al fin! la sopa está dispuesta... con sus buenos «tropezos» de hollín...

Se estaba muy bien allí, por lo que la «sobremesa» se prolonga hasta la caída de la tarde.

Otra vez andando, pasamos junto a unos extensos viveros de árboles. Más abajo un enorme perrazo parece que va a abalanzarse sobre nosotros, rompiendo la cadena que lo sujeta al caserío del que es cancerbero insobornable.

Entramos en la carretera que sube al barrio de Garayondo. El bosque, evocador, nos rodea a trechos. Ya el Astro Rey se acerca a su ocaso, poniendo arboles en las escasas nubes, con matices que van desde el ocre pálido en el cénit, hasta el rojo-sangre, allá junto al horizonte...

Llegados a Zornotza tomamos el autobús y ¡a casa! Se acabó la excursión, que ha resultado muy bonita.